

Criminales y rebeldes: una discusión de la economía política del conflicto armado desde el caso colombiano

Francisco Gutiérrez Sanín

La vinculación entre violencia organizada como expresión política y como empresa criminal es un viejo motivo que ha aparecido una y otra vez en nuestros conflictos civiles. El gran escritor Efe Gómez, en una de sus obras maestras, *18 de Octubre. La paz reina en Colombia*, pone a dos “mulas” a discutir sobre el tema. Pavo, la más sabia de ellas, concluye lo siguiente: “Pues...te diré. Las guerras las hacen con muy diversos fines. Tú no entenderías eso. Pero, en tesis general, puede decirse que las guerras las hacen para robar. Los hombres maduros roban sobre todo dinero y ganado y otras varias cosas. ¡Los hombres mozos, a más de eso, roban mozas!”. Más adelante, en el período de la Violencia, abundaron interpretaciones similares, tanto en la literatura académica como en la administrativa. Un informe de 1957 producido por la Gobernación del Tolima, por ejemplo, afirmaba que “lo que en realidad ocurre es que la violencia política fue superada por la violencia como prodivoria empresa comercial, como una nueva fuente de derechos y obligaciones, como una nueva manera de adquirir la propiedad de las cosas”.¹

En este ciclo de conflicto interno de finales del siglo XX, las múltiples evidencias de criminalización de la guerrilla colombiana dieron origen a una continua corriente de argumentaciones en esa misma dirección, de la cual se encuentran manifestaciones

1 Secretaría de Agricultura de la Gobernación del Tolima. “La violencia en el Tolima”. (Con la colaboración de Hernando Amaya, Wells Allred y Sergio Restrepo). Ibagué, Gobernación del Tolima, 1957, p. 5. Esta era la visión estándar de aquel tiempo y, como hoy, había elocuentes evidencias a favor de ella.

bastante tempranas;² ciertamente, los sondeos de opinión sugieren que la población colombiana mantiene convicciones muy parecidas. Tales expresiones encontraron un poderoso refuerzo en los trabajos de Collier y colaboradores,³ que –con base en análisis estadísticos comparados de los conflictos civiles en el mundo– llegaban a conclusiones similares. Hay evidencias de que los trabajos de Collier han tenido un impacto no desdeñable en el país y han alimentado importantes decisiones en términos de políticas públicas.⁴

Según Collier, la rebelión es apenas una forma de criminalidad. En este artículo se argumentará que la tesis de rebeldes criminales falla incluso en el caso colombiano, y que esto resalta algunas de las deficiencias de una interpretación estrictamente económica de las guerras. Esa tesis se criticará en tres puntos: primero, saca del estudio el problema de los microfundamentos de la guerra, lo que es sorprendente, dado el credo explícito Collier (una adhesión incondicional a la teoría de la decisión racional) y su tipo de análisis. Segundo, trabaja bajo el supuesto implícito de que la suma de motivos ideológicos y mundanos es una constante; contra ello, se sugiere que una guerra puede volverse, *simultáneamente*, más criminal y más política. La experiencia colombiana nos muestra que esto no es

2 Véase, por ejemplo, el editorial de *El Tiempo*. Bogotá, 10 de julio de 1977, p. 4a. “Cuando se presenta así la increíble combinación de terroristas y mafiosos, no resulta ilógico preguntarnos si en Colombia no comienza a operar esta modalidad, si muchos crímenes rodeados de tan extrañas circunstancias no son el fruto de mezcolanza casi imposible de imaginar hasta hace corto tiempo”.

3 Véase, por ejemplo: Paul Collier y Anke Hoefler. “On economic causes of civil war”. *Economic Papers*, 50, Oxford, 1998, pp. 563-573; Paul Collier y Anke Hoefler. “Greed and grievance in civil war”. *World Bank Working Paper*. 2001; Paul Collier. “Rebellion as a quasi criminal activity”. *Journal of Conflict Resolution*, Vol. 44 (6), 2000, pp. 839-854; Paul Collier. “Doing well out of war”. Documento preparado para la conferencia sobre agendas económicas en las guerras civiles. Londres, abril 26-27 de 1999.

4 El hecho de que Collier hiciera sus trabajos para el Banco Mundial –sin hacer a la institución responsable por sus conclusiones– establece un vínculo directo entre sus planteamientos y la formulación de políticas. Como suele suceder, las personas que recogieron acriticamente las interpretaciones de Collier quedaron después en la estacada, puesto que aquel ha cambiado varias veces de posición –la última de las cuales es que la pobreza está en el origen de las guerras civiles: a más desarrollo, menos probabilidad de guerra. Véase: Paul Collier *et al.* “Breaking the conflict trap: civil war and development policy”. World Bank Office of the Publisher. 2003. Sintomáticamente, el libro no mereció un solo comentario por parte de aquellos que se habían entusiasmado febrilmente con “Greed and grievance”.

necesariamente cierto. La codicia también podría ser, en parte, simplemente una función de la escala (las grandes organizaciones rebeldes parecen más turbias pues tienen que financiarse para subsistir, las pequeñas más benévolas) pero la relevancia política también lo es. Tercero, Collier pierde de vista la naturaleza específica de la actividad bajo escrutinio: la guerra. No menciona ni una vez el hecho de que en una guerra se mata y se pone en riesgo la vida,⁵ un factor crucial que Mary Kaldor y otros han subrayado apropiadamente.

De una forma más general, se argumenta, o mejor se recuerda, que la interpretación puramente económica de las guerras está condenada a fallar, tanto desde una perspectiva liberal-individualista,⁶ como desde una sociológica, sea estatista⁷ o clasista. De hecho, una parte de la bibliografía producida por Collier es vulnerable a *ambos* tipos de críticas. Por un lado, es incapaz de ofrecer explicaciones creíbles de por qué los individuos se comprometen en formas de acción colectiva extremadamente arriesgadas y costosas. Por otro lado, pierde de vista los diferentes vínculos que tienen los ejércitos rebeldes con grandes agrupaciones y divisiones sociales. Esto sugiere que las guerras civiles contemporáneas no encajan en la famosa dicotomía codicia y agravio (*greed and grievance*) que constituye un aspecto nodal del planteamiento de Collier. Algunas de las tesis provenientes de la historia social acerca de los motivos⁸ y modalidades⁹ de rebelión campesina podrían ofrecer mejores indicios que una historia basada en la figura del *homo economicus* para la interpretación de las regularidades estadísticas observadas por Collier y sus colaboradores.

En la primera parte del artículo se ofrece una breve descripción de la tesis de rebeldes criminales en el contexto del debate de codicia o injusticia. Esta sección es necesariamente concisa y breve, pero se espera que justa. Los lectores familiarizados con el tema la pueden, fácilmente, pasar por alto. En la segunda parte se pregunta por las condiciones que permitieron el salto cualitativo de “una guerra imaginaria” a otra “real”. La tercera y la cuarta parte están dedicadas respectivamente al vínculo de la

5 Paul Collier. “Doing well out of war”. *Op. cit.*; Paul Collier. “Rebellion as a quasi criminal activity”. *Op. cit.*

6 Como en el extraordinario libro de Benjamin Constant. *Ecrits politiques*. Paris, Gallimard, 1997.

7 Niccoló Macchiavelli. *El Príncipe*. Nueva York, Bantam Classics, 1984.

8 Barrington Moore. *Social origins of dictatorship and democracy*. Boston, Beacon Press, 1966.

9 Eric Hosbawm. *Bandits*. New Cork, Pantheon, 1981; Gonzalo Sánchez y Donny Meertens. *Bandoleros, gamonales y campesinos*. Bogotá, Áncora Editores, 1983.

guerrilla con el mercado ilegal, y a las reglas organizacionales internas que completan el sistema inmediato de incentivos de sus miembros. En la quinta parte se discuten las evidencias y se muestran algunos de los vacíos de la explicación propuesta por Collier. La sexta parte problematiza la noción de criminalidad. Y en la conclusión, se sugiere que necesitamos un marco para entender las guerras libradas por soldados no materialistas (o no estrictamente materialistas).

1. La tesis de rebeldes criminales

Basados en una investigación estadística comparativa acerca de las causas de la guerra, Collier y Hoeffler encontraron que “las exportaciones de recursos naturales están fuertemente asociadas con un aumento en la probabilidad de conflicto civil”.¹⁰

La relación no es monótona, pero en su nivel más alto (cuando cerca de un cuarto del producto interno bruto [PIB] se genera por exportación de recursos naturales) el riesgo de conflicto es aproximadamente cinco veces más alto que en sociedades sin tales recursos, y que muestran otras características.¹¹

Esto, además de la falta de asociación significativa entre inequidad económica o injusticia política con la guerra, lleva a la conclusión de que ésta se genera por codicia más que por un sentimiento de agravio causado por injusticias seculares. Los protagonistas de la guerra son hombres jóvenes sin oportunidades en la economía legal que encuentran una alternativa en la insurgencia.

Llevado por estos hallazgos, Collier concluye que la rebelión es una forma de criminalidad.¹² Para demostrarlo, primero, establece su marco general: “Aunque la bibliografía descriptiva popular acerca del ímpetu para el conflicto civil se ha concentrado principalmente en injusticias de grupos, reales o imaginarias, el análisis económico, basado en la teoría de la decisión racional, se ha concentrado en la ilegalidad”.¹³

Las reglas del juego son claras: los sujetos son racionales y actúan por motivaciones materiales. Esto no es sólo un supuesto, también es un hecho empírico. Si

10 Paul Collier y Anke Hoeffler. “On economic causes of civil war”. *Op. cit.*; Paul Collier y Anke Hoeffler. “Greed and grievance in civil war”. *Op. cit.*

11 *Ibid.*

12 Paul Collier. “Doing well out of war”. *Op. cit.*; Paul Collier. “Rebellion as a quasi criminal activity”. *Op. cit.*

13 Paul Collier. “Doing well out of war”. *Op. cit.*, p. 839.

alguien observa a los grupos rebeldes (en vez de concentrarse en su discurso) verá que están dedicados a la explotación de rentas ilegales: “El enfoque que tomo es el convencional en la ciencia social, inferir motivaciones desde patrones de comportamiento observado. Si alguien dice ‘no me gustan los chocolates’, pero sigue comiéndolos, inferimos que sí le gustan, y la cuestión de por qué dice lo contrario es usualmente relegada como secundaria en importancia”.¹⁴

El dictamen metodológico es, pues, observar el comportamiento de la organización dada e inferir las motivaciones.

Segundo, ofrece una secuencia para el desarrollo de la rebelión. En el primer estadio, los rebeldes podrían tener motivos genuinamente vinculados con injusticias sociales, pero ya que no quieren ganar (“la victoria sobre el gobierno no es un objetivo, y así, el conflicto es tratado como un fenómeno de equilibrio”),¹⁵ necesitan una fuente de ingresos sostenidos para sobrevivir. Objetivamente, las fuerzas subversivas actúan como empresas criminales que enfrentan un problema de ingresos:

Incluso en condiciones en que un grupo rebelde grande es rentable, un grupo rebelde pequeño corre el riesgo de ser eliminado. Entonces, la rebelión enfrenta el problema organizacional de superar un umbral de ingresos.¹⁶

La rebelión es un tipo específico de actividad criminal en la que la fuerza de trabajo comprometida con ésta es grande y organizada en una sola empresa.¹⁷

Todo esto resalta la gran centralidad del problema de la escala en esta versión de la economía política del conflicto. La escala puede ser analizada desde dos perspectivas. Por un lado, diferencia la rebelión de otras formas de criminalidad. Collier describe tres órdenes de magnitud definidos con sus respectivos comportamientos y tamaños ideales: a) el robo común, que requiere del secreto para tener éxito y, por tanto, produce agrupaciones pequeñas con poco o ningún poder de fuego; b) mafias, que se dedican al crimen organizado, tienen que ejercer algún grado de coerción pues debido a que practican la extorsión deben esperar alguna resistencia, y son, idealmente, de tamaño mediano; y c) rebelión, que sólo puede operar en gran escala porque vive de explotar grandes bienes inmuebles o rentas (dada su asociación con un tipo de economía particular: la exportación de productos primarios) que tienen, en principio, medios para

14 *Ibid.*, p. 3.

15 *Ibid.*, p. 840.

16 *Id.*, “Rebellion as a quasi criminal activity”. *Op. cit.*, p. 9.

17 *Id.*, “Doing well out of war”. *Op. cit.*, p. 841.

protegerse. Sólo los grupos exitosos podrán superar el umbral que los habilita para convertirse en una organización exitosa y auto sostenible:

Los movimientos rebeldes se pueden financiar con actividades criminales al principio, dando el salto al robo de los recursos naturales sólo una vez que han pasado cierto umbral. Así, las mafias podrían trascender del chantaje de protección a retos más ambiciosos, hasta constituirse en grupos que desafían al gobierno. De esta forma sería posible interpretar el crecimiento del cartel de la droga de Medellín en Colombia y del Ejército de Resistencia en Uganda, aunque es difícil presentar la transición del crimen hacia la rebelión como un fenómeno general. Segundo, los movimientos rebeldes podrían ser apoyados por otros gobiernos, vecinos u oponentes ideológicos que ven una ventaja en apoyar rebelión. Tercero, los movimientos rebeldes podrían ser financiados en sus inicios por sus propios integrantes o por contribuciones de partidarios. Evidentemente, esto se facilita si el movimiento rebelde presenta ante el público una “causa” distinta al enriquecimiento de sus combatientes.¹⁸

Así pues, el discurso de la injusticia social es tomado como una pura racionalización. Básicamente, es un cuento chino, dirigido hacia afuera, a las audiencias y partidarios internacionales (Ong, diásporas, etc.) de los grupos en armas, y hacia adentro, a los propios combatientes: “En vez de buscar venganza por la injusticia social, los líderes rebeldes necesitan incitar la injusticia para que su negocio sea rentable”.¹⁹

Pero una anomalía obvia permanece. Si la rebelión es típicamente grande, hay que explicar su habilidad para resolver dilemas sociales. Encontramos dos respuestas: a) las rebeliones por codicia no enfrentan problemas de acción colectiva porque pueden ofrecer incentivos económicos selectivos; y b) la solidaridad étnica o de clases promueve la cohesión, como en otros entornos criminales:

La solución típica que los líderes rebeldes adoptan como respuesta a estos problemas es restringir el reclutamiento a esos nichos de la población que le permiten a la organización rebelde permanecer unida. Los reclutas comparten una etnia, religión o clase social. Es más, las organizaciones mafiosas, que enfrentan problemas similares pero en menor escala, parecen adoptar una solución similar.²⁰

El lector observa que en este esquema la injusticia, después de todo, encuentra su lugar:

18 *Id.*, “Rebellion as a quasi criminal activity”. *Op. cit.*, p. 850.

19 *Ibid.*

20 *Id.*, “Doing well out of war”. *Op. cit.*

Los grupos rebeldes podrían necesitar apoyarse en una injusticia real para empezar, pero sólo los que se pueden volver rentables a través de la criminalidad se sostienen (**). La existencia de umbrales de ingresos para rebeliones motivadas por los saqueos es, de alguna forma, análoga con la existencia del problema del oportunismo para rebeliones motivadas por la injusticia: cada una es una barrera importante (**). Esto sugiere que la injusticia social y la codicia pueden tener una relación simbiótica en la rebelión: para iniciar, la rebelión necesita de la injusticia y el agravio, mientras que para sostenerse necesita de la codicia.²¹

Esta observación es extremadamente importante (y parcialmente correcta) y se volverá sobre ella varias veces.

En resumen, la tesis de rebeldes criminales tiene tres interpretaciones posibles. En la primera, los líderes rebeldes se enriquecen y usan una ideología y/o identidad para reclutar y organizar soldados. Aquí aparecen enormes problemas de riesgo moral, selección adversa y acción colectiva.²² En la segunda, todos los miembros de la organización (líderes y soldados) están “sacando provecho de la guerra”, como en la mafia, sólo que a mayor escala, y los incentivos económicos selectivos se usan para reclutar y promover (“enriquecimiento de los combatientes”). Esta pista podría ser fructífera si se pudiera comprobar empíricamente que es eso precisamente lo que está pasando: por ejemplo, si los cabecillas o soldados guerrilleros se dedicaran al crimen organizado, o al pillaje y al saqueo. En la tercera interpretación, los rebeldes operan como un tipo de agencia de empleo armada: los pobres ingresan porque no pueden

21 *Ibid.*, p. 8.

22 En teoría económica, la selección adversa y el riesgo moral se refieren al conocimiento sumergido que tienen algunos agentes a la hora de establecer contratos con otros. En particular, dentro de una organización, supóngase que un *principal* (la figura que establece las metas, el patrón) hace un contrato con un *agente* (el trabajador), para que este último realice un trabajo. El agente tiene un conocimiento del que carece el principal (dificultad real de llevar a cabo el trabajo, precios de las materias primas, condiciones de subcontratación), lo que le da acceso a “rentas por conocimiento” (eludir el trabajo, arrastrar los pies, etc.). Para un tratamiento sistemático, véase por ejemplo: Jean Jacques Laffont y David Martimort. *The theory of incentives*. Princeton, Princeton University Press, 2002. En cuanto a los dilemas de acción colectiva, constituyen un motivo central de la aplicación de la teoría de la decisión racional a la ciencia política: cada individuo tiene incentivos para perseguir sus intereses estrictamente individuales, pero eso le impide llegar a acuerdos que permitirían que todos estuvieran mejor. Todo esto tiene un obvio vínculo con algunos de los motivos centrales de pensadores como Hume y Hobbes. Véase, para dos textos de primera línea: Robert Axelrod. *La evolución de la cooperación*. Madrid, Alianza, 1986; Mancur Olson. *The logic of collective action: public goods and the theory of groups*. Cambridge, Harvard University Press, 1971.

encontrar un trabajo legal. Para esto se debe demostrar que un puesto como miembro de una fuerza rebelde es un sustituto de un empleo legal (o por lo menos de otra actividad ilegal).

Tomadas como un todo, tales cláusulas son más bien inconsistentes y no siempre encajan con las presunciones generales del modelo. Si las tropas son racionales, ¿cómo es que el discurso de los líderes sobre injusticia social (una pura racionalización, según Collier) las pueden convencer tan fácilmente?²³ Puesto de otra forma, la línea de defensa usada reiteradamente por Collier (“la rebelión motivada por la codicia no enfrenta ninguno de los problemas de acción colectiva que enfrenta la rebelión motivada por injusticia”)²⁴ no aplica. ¿Y cómo se tratan los problemas de riesgo moral? Si los rebeldes no quieren ganar, ¿por qué, en por lo menos un ejemplo crucial ofrecido por Collier (Rusia, 1917), finalmente tomaron el poder? Se pueden añadir muchos etcéteras a la lista.

Sin embargo, tal vez una u otra de las cláusulas tomadas individualmente pueda ser útil. Collier aplica la segunda variante a Colombia:

La rebelión motivada por codicia no enfrenta ninguno de los problemas de acción colectiva de la rebelión motivada por injusticia. Por consiguiente, podemos esperar que esas rebeliones motivadas por injusticia que realmente se mantienen, lo logran al combinar pagos materiales con los motivos de injusticia. Vemos esto en muchas rebeliones; por ejemplo, en los grupos de Colombia, que empezaron como organizaciones basadas en la injusticia social (de la política de la extrema izquierda y la extrema derecha) y se han convertido en barones de la droga.²⁵

¿Es correcta esta visión? Y si falla, ¿tal vez una de las otras dos variaciones sea viable?

2. De una guerra imaginaria a otra real

Como se dijo anteriormente, a primera vista, la guerra colombiana parece ajustarse muy bien a la idea de Collier. Aunque las guerrillas actuales han existido desde 1964, y hunden sus raíces en *la Violencia*, fueron más bien marginales durante más de una década, y raramente aparecían en la escena pública del país. Según la definición estadística (dos o más actores organizados, mil muertes por año, con no

23 Y además, ¿por qué son tan ingenuos los actores y auditorios internacionales que creen en los sermones de los líderes?, ¿acaso el modelo no demanda que sean racionales?

24 Paul Collier. “Rebellion as a quasi criminal activity”. *Op. cit.*, p. 8.

25 *Ibid.*

más del 95% de ellas pertenecientes a un solo bando),²⁶ la guerra empezó en 1983, aunque si se incluyen criterios contextuales, se podría pensar en una fecha anterior, en todo caso no antes, según parece, de 1978. (Véase tabla 1)

Tabla 1. Masacres cometidas por las Farc

	<i>Número de masacres</i>	<i>Número de víctimas</i>
1993	37	172
1994	63	310
1995	135	720
1996	141	731
1997	110	554
1998	144	769
1999	163	939
2000	198	1203
2001*	152	519
2002	152	903

* Este año se efectuaron diálogos de paz sin tregua entre el gobierno y las Farc

Fuente: Departamento Nacional de Planeación

Las dos principales fuerzas guerrilleras que operan hoy en Colombia son las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (Farc) y el Ejército de Liberación Nacional (Eln). Son los sobrevivientes de una proliferación de pequeños esfuerzos insurgentes que, inspirados en gran medida, pero no exclusivamente, por la Revolución Cubana, se desarrollaron a inicios de los años sesenta con la convicción de que una revolución era posible, incluso si era llevada a cabo por un puñado de rebeldes que se oponía a un gobierno represivo apoyado por Estados Unidos. Pero hay una diferencia fundamental entre los dos. Mientras que el Eln fue “importado” (era más o menos un resultado directo de las ideologías y prácticas de la Guerra Fría), las Farc son herederas de un proceso largo y originado por la acumulación de resistencias armadas campesinas. En particular, el núcleo dirigente de las Farc ya estaba activo en la guerra civil de 1948-1958, como el ala de izquierda de las guerrillas liberales. Al inicio de los años sesenta se volvió una organización de autodefensa campesina, con

26 Melvin Small y David Singer. *Resort to arms: International and civil wars*. Londres, Sage, 1982. Collier y Hoeffler hacen uso explícito de esta definición.

presencia en unas cuantas poblaciones pequeñas y aisladas. Aunque el bombardeo de Marquetalia le dio cierta notoriedad, tuvo largos períodos de “sumergimiento” total en su proceso de acumulación de fuerzas. Después de un proceso de radicalización, las Farc se acercaron al Partido Comunista pro-Soviético, y así permanecieron hasta la caída del Muro de Berlín, pero su tecnología y forma de hacer la guerra vienen de antes. Este hecho es de fundamental importancia y es un buen candidato a la hora de encontrar una explicación a las diferencias de estilo, eficiencia y fuerza que claramente favorecen a las Farc sobre el Eln.

Sin embargo, las Farc y el Eln también tienen muchas cosas en común. ¿Cómo se pueden entender estos aspectos compartidos? Hay muchos trabajos acerca de la evolución de las guerrillas colombianas, con diversas propuestas de periodización.²⁷ Para los propósitos de este texto, se presentará un bosquejo simple de dos momentos: las guerrillas sin guerra (antes de 1978) y las guerrillas con guerra (después de esta fecha). Es claro que el criterio de periodización es aquí la escala, fundamental para comprender y evaluar críticamente el análisis de Collier.

En el primer periodo las guerrillas desarrollaron básicamente lo que Broderick ha llamado, usando una expresión afortunada, una “guerra imaginaria”.²⁸ Es verdad que aparecían en la escena del debate político esporádicamente, como las Farc en 1964, pero la norma era la marginalidad. Casi nunca enfrentaban al ejército, y su única actividad consistía principalmente en largas caminatas a través de la selva, intercaladas, en el caso del Eln, con eclosiones de conflicto interno que casi siempre terminaban en purgas sangrientas.²⁹ Cuando había confrontación con el Estado, el resultado casi nunca favorecía a las guerrillas. Ambas (las Farc en 1967 y el Eln en 1973) sufrieron derrotas apabullantes (una vez más, la del Eln fue mucho más severa). La imagen que tenemos de la vida cotidiana de los miembros de la guerrilla es sombría, y esto incluye a sus líderes.³⁰ Debido a su peculiar trayectoria, las Farc, de alguna

27 Véase, por ejemplo: Eduardo Pizarro. *De la autodefensa a la combinación de todas las formas de lucha*. Bogotá, IEPRI-Tercer Mundo, 1991; Juan Guillermo Ferro y Graciela Uribe. *El orden de la guerra. Las FARC-Ep: entre la organización y la política*. Bogotá, CEJA, 2002.

28 Walter Broderick. *El guerrillero invisible*. Bogotá, Intermedio, 2000.

29 Jaime Arenas. *La guerrilla por dentro*. Bogotá, Tercer Mundo, 1971; Walter Broderick. *Op. cit.*; Carlos Medina Gallego. *ELN: una historia contada a dos voces*. Bogotá, Rodríguez Quito Editores, 1996; Carlos Medina Gallego. “ELN: La historia de los primeros comienzos”. Disponible en: <http://www.conflicto.galeon.com>.

30 Los privilegios eran fuertemente condenados, y las denuncias de inequidades en ciernes en el Eln, por ejemplo, incluían la no participación en guardias nocturnas, no tomar parte de las labores cotidianas o acoso a las mujeres (Jaime Arenas. *Op. cit.*), pero no la explotación de recursos económicos. El paisaje general es de austeridad extrema.

forma, tuvieron mayor arraigo en la población campesina y pudieron aparecer de vez en cuando en la prensa, después de largos intervalos de silencio.³¹ Pero ambos eran grupos pequeños. Para 1978, las Farc tenían entre 400 y 600 integrantes; a mediados de los setenta, el Eln, después de una gran derrota militar y una crisis organizacional severa, tenía un poco más de cien miembros.³²

Parece haber cuatro candidatos importantes, aunque no necesariamente competitivos, para una explicación del despegue organizacional de las guerrillas, y para la transición del primer al segundo período. Primero, la multiplicación de ingresos debido a actividades ilícitas. Por un lado, las Farc se establecieron en regiones de cultivos ilícitos y desde 1978 decidieron permitirlos y regularlos.³³ Por otro, el secuestro y el asalto bancario por parte de las guerrillas parecen haber aumentado abruptamente en la segunda mitad de la década del setenta. Segundo, y relacionado con lo primero, un cambio en la estructura de producción del país. Según Berquist, el sistema político de Colombia se basaba en el ciclo largo del café.³⁴ En el período analizado, Colombia pasó de país cafetero a país minero y cocalero, lo que le proporcionó a la guerrilla oportunidades de crecimiento, tanto militar como político (los cultivadores de coca son una base social relativamente grande en un estado de permanente ilegalidad). Tercero, factores políticos. Un proceso de “calentamiento”, que debería ser típico de situaciones pre-guerra, tuvo lugar en los años setenta. Una desilusión general con la democracia parece haber emergido en algunos sectores cruciales (esto es, intelectuales), y varios factores (el presunto fraude en las elecciones presidenciales de 1970, represión, corrupción) podrían haber dado pábulo a esas percepciones y sentimientos, transformándolos en material útil para la rebelión.³⁵ Por desgracia, los sondeos de opinión sólo empezaron en los setenta, y aunque a finales de esa década muestran cierta benevolencia hacia algunas actividades guerrilleras, particularmente del Movimiento 19 de abril (M-19), aún no hay evidencia cuantitativa sobre la evolución del apoyo a la guerrilla en la transición entre los dos períodos.

31 En 1970, *Tirofijo*, líder histórico de las Farc, escribió una acalorada carta al periódico *El Tiempo* dejando en claro que él estaba bien, vivo y en Colombia. La carta fue motivada por una serie de artículos previos publicados en *El Tiempo*, según los cuales él había muerto o estaba en Rusia y el gobierno Soviético había ordenado el fin de la actividad guerrillera.

32 Carlos Medina Gallego. “ELN: La historia de los primeros comienzos”. *Op. cit.*

33 Juan Guillermo Ferro y Graciela Uribe. *Op. cit.*

34 Charles Berquist. *Café y conflicto en Colombia 1889-1910*. Medellín, FAES, 1981.

35 Algunos de los primeros sondeos de opinión en el país mostraban un alto nivel de insatisfacción con el Frente Nacional.

Cuarto, aprendizaje; aquí juega un papel crucial el M-19, que literalmente enseñó a las demás organizaciones a hacer política, y les proporcionó algunos de los motivos centrales que aún hoy enarbolan las fuerzas sobrevivientes (el bolivarianismo es un buen ejemplo, pero ciertamente no el único). El M-19 emergió como una crítica a la “clásica” guerrilla rural, a su doctrinarismo y marginalidad política. Se propuso ofrecer una imaginería nacional en vez de una colección de íconos de la Guerra Fría; flexibilidad y acercamiento a las necesidades cotidianas del militante raso en vez de la mojigata disciplina cuasi religiosa de la guerrilla marxista tradicional; acciones urbanas espectaculares en vez de remotos ejercicios de *jogging* armado; un programa político más centrista, y una forma “más rápida” de hacer la guerra.³⁶ Trataron de dirigirse a la clase media urbana, y al parecer tuvieron cierto éxito al hacerlo. Aunque en el ámbito militar fallaron miserablemente (para regocijo de las Farc, que habían predicho este resultado correctamente), el M-19 obtuvo un éxito político sensacional. Demostró que era posible poner a la guerra como tema central en la política colombiana.

¿Cómo evolucionaron las guerrillas en el segundo período? Ante todo, experimentaron un vertiginoso crecimiento. En la actualidad, las Farc tienen entre dieciocho y veinte mil miembros con gran capacidad de combate; casi el treinta por ciento son mujeres.³⁷ Han sufrido derrotas a manos del ejército y las Autodefensas Unidas de Colombia (Auc), pero también han tenido victorias. La evolución del Eln ha sido obstaculizada por las Auc, y después de 1995 su poder militar menguó mucho; sin embargo, aún puede jactarse de tener miles de personas en armas, en ningún caso menos de tres mil. Cientos de jóvenes dedicados al trabajo manual, principalmente campesinos, se enlistan en estas dos organizaciones. Paradójicamente, los niveles públicos de aceptación de la guerrilla han caído al mismo tiempo; hoy estos niveles están casi en cero. Esto tiene que ver con la naturaleza misma de la actividad guerrillera. En un sentido muy obvio, esta es una “guerra contra la sociedad”,³⁸ como se puede ver en la tabla 1, que muestra la evolución de las masacres cometidas por las Farc desde 1993 hasta 2002.

36 A su vez, el M-19 se inspiró en otros grupos guerrilleros de América Latina. En 1990 llegó a un acuerdo de paz con el gobierno y tuvo un corto –aunque espectacular– éxito como partido político legal. Como guerrilla, su accionar fue bastante polémico, con varios hechos catastróficos y más bien oscuros en su historial.

37 Juan Guillermo Ferro y Graciela Uribe. *Op. cit.*

38 Daniel Pécaut. *Guerra contra la sociedad*. Bogotá, Espasa-Planeta, 2001. No soy muy amigo de los debates acerca de “la caracterización correcta de la guerra”, así que tomo tales definiciones como lo que son (descripciones que captan aspectos más o menos importantes del conflicto colombiano, pero que podrían convivir con otras).

Incluso admitiendo una cierta sobreestimación, el aumento radical de las actividades asesinas de las Farc en el período de guerra es contundente.³⁹ En otras dos dimensiones fundamentales, el movimiento guerrillero ha mostrado un crecimiento casi monótono: confrontaciones directas con el ejército (tabla 2), y lo que podríamos llamar guerra económica (tabla 3). Su ingreso en los mercados ilegales también ha crecido enormemente.

Tabla 2. Hechos de guerra

	<i>Emboscadas al ejército</i>	<i>Enfrentamientos con el ejército</i>
1990	9	94
1991	31	196
1992	37	321
1993	7	354
1994	29	385
1995	27	323
1996	25	371
1997	17	376
1998	14	201
1999	30	244
2000	59	352
2001	43	478
2002	38	697

Fuente: Departamento Nacional de Planeación

39 Los grupos paramilitares son los mayores asesinos en masa de la guerra colombiana. La diferencia radica en que las masacres constituyen un núcleo *estratégico* de la estrategia paramilitar. Con todo, la masacre de las Farc en La Gabarra, y la forma en que la justificaron, sugieren que aún en este terreno las cosas pueden cambiar.

Tabla 3. Pillaje

	<i>Atracos a bancos</i>	<i>Piratería terrestre</i>	<i>Peajes ilegales y "pescas milagrosas"</i>
1990	6	7	1
1991	21	24	20
1992	22	29	23
1993	14	16	2
1994	10	22	1
1995	5	13	1
1996	10	5	1
1997	3	9	17
1998	13	24	17
1999	12	84	30
2000	10	101	67
2001	6	125	72
2002	6	152	113

Fuente: Departamento Nacional de Planeación

3. Rebelión y mercados ilegales

La transición de una "guerrilla sin guerra" a una "con guerra", o si se prefiere de una guerra imaginaria a otra verdadera, ocurrió alrededor de 1978, al mismo tiempo que el país era testigo del apogeo de la economía cocalera. A inicios de este año, los líderes regionales de las Farc estaban buscando respuestas al problema de los campesinos involucrados en cultivos ilegales. Después de un corto período de duda, decidieron aceptar esta actividad, con ciertos límites.⁴⁰ Tiempo después, las Farc entraron al mercado de la amapola con menores aspavientos.

Colombia no se volvió un productor de coca en gran escala hasta la segunda mitad de los años ochenta y parece que el despegue organizacional de las Farc antecedió a su plena inserción en los territorios cocaleros. Por otro lado, sin este factor, tal vez la organización no estaría en posición de seguir combatiendo, o por lo menos no como lo ha hecho en los últimos años.

Las descomunales dimensiones del negocio de los cultivos ilícitos no deberían ser causa para olvidar otras áreas que rinden, también, pingües ganancias. No hay

40 Juan Guillermo Ferro y Graciela Uribe. *Op. cit.*

duda de que las Farc tienen gran capacidad para hacer dinero por medio del secuestro, el chantaje y la extorsión. Desde muy temprano, los ganaderos fueron un objetivo, y ya en los ochenta, la guerrilla imponía en varias regiones una “vacuna” o cuota que, en teoría, antecedió al secuestro. Probablemente, las compañías mineras, la aurífera entre ellas, al igual que algunos gobiernos subnacionales han pagado una cuota regular.⁴¹ Una parte muy importante de los secuestros anuales en el mundo ocurren en Colombia, y de estos, la mitad son atribuidos a los grupos guerrilleros,⁴² incluso sin tener en cuenta que ha habido un tipo de “outsourcing” en el negocio, y que algunas personas son secuestradas por delincuentes comunes para después venderlas (y algunas veces revenderlas) a las Farc y a otros grupos. En 1991, el Comité Interinstitucional para las Finanzas de la Subversión concluyó que los ingresos de la guerrilla eran mayores que los de todas las industrias colombianas legales juntas.⁴³ Esto puede ser una gran exageración (las evaluaciones ponderadas rara vez llegan a la primera plana), pero aun así es indudable que en Colombia la guerrilla es “(multi)millonaria”.

¿Cómo funciona esta máquina económica de guerra? Se tomará el caso de las Farc, ya que, objetivamente, es la organización más importante y hay mejores evidencias sobre ella. El *secretariado* de las Farc establece objetivos financieros obligatorios para los *frentes*. Todo el dinero se centraliza y luego es redistribuido de acuerdo con las normas y criterios militares, tratando de mantener un equilibrio entre frentes ricos y pobres. Este sistema, además del hecho de que los ascensos podrían estar asociados con el cumplimiento de las cuotas financieras establecidas por el secretariado, ha demostrado ser riguroso y efectivo, y ha obligado a los líderes de los frentes a desarrollar su imaginación económica. Por esto, las prácticas financieras muestran una gran varianza regional, que daría para un texto aparte. Sin embargo, hay algunos patrones comunes, entre los cuales se resaltarán dos que son directamente relevantes.

Primero y más importante, el sistema causa una fuerte contradicción entre las dimensiones políticas y económicas de la guerra (y, por otro lado, entre los aspectos nacionales y regionales del conflicto). Para entender por qué, es importante saber que

41 Andrés Peñate. “Arauca: politics and oil in a Colombian province”. Tesis de Maestría, Oxford University, 1991.

42 De los 19.570 secuestros que ocurrieron entre 1992 y 2002, 9.748 (49,8%) fueron atribuidos a ellos. De estos, 4.670 fueron cometidos por las Farc, 4.378 por el Eln, y el resto por otros grupos. Cálculos basados en cifras del Departamento Nacional de Planeación.

43 “La guerrilla millonaria”. *Cambio 16*, 110, Bogotá, 1991, pp. 38-48.

las Farc rara vez promueven guerras de clases propiamente dichas en las regiones donde están fortalecidas. Su expansión es más territorial que clasista. En varias zonas, los terratenientes, y en general las élites políticas y económicas, en un principio toleraron la presencia de las Farc⁴⁴ porque: a) podían controlar el robo de ganado, y b) jugaban un papel “civilizador” con respecto a los campesinos, ya que les impusieron costumbres de austeridad y autocontrol, compatibles tanto con una lógica revolucionaria como con la productividad laboral y el orden social. En este sentido, la relación entre los rebeldes y los terratenientes tenía, obviamente, un fuerte contenido económico: estos estaban dispuestos a pagar a aquellos una renta por la imposición de seguridad y disciplina. Sin embargo, al secretariado aumentar las presiones por más recursos, la renta extraída aumentaba tanto que la cooperación dejó de ser un buen negocio. El precio impuesto a los ricos alcanzaba niveles prohibitivos: las vacunas se cobraban arbitrariamente y sin cota superior, se secuestraba a personas dos y tres veces, en algunos casos todos los miembros de una familia fueron capturados. Si la presión financiera del secretariado es lo bastante fuerte y la composición idiosincrásica de los líderes del frente es la equivocada, estos pueden engañar a las víctimas de secuestro y extorsión sistemáticamente, cobrando la recompensa sin liberar a la víctima: una práctica particularmente repugnante. Además, una vez agotada la estrecha base demográfica de los ricos,⁴⁵ la organización ha tomado como blanco a los sectores de clase media y baja, haciendo uso de impuestos, peajes, secuestros al azar en las carreteras (las llamadas *pescas milagrosas*) y chantaje contra pequeños agentes económicos. El resultado puede incluso llegar a ser una oposición armada contra la organización,⁴⁶ como ocurrió, por ejemplo, en Puerto Boyacá, en donde las Farc tuvieron que abandonar la región.⁴⁷ Pero en otros lugares también es evidente la contradicción, y las quejas por el aumento de las imposiciones de las Farc son un fenómeno bastante general.

Segundo, el secretariado mantiene un fuerte control sobre los frentes y sobre los individuos que están a cargo de los asuntos financieros. La razón para esto es evidente: las únicas escisiones relativamente serias que han sufrido las Farc en su larga historia han sido por personas que han abandonado la organización con un puñado de dólares; la mayoría de las divisiones han sido entre pequeñas e insignificantes.⁴⁸

44 Carlos Medina Gallego. *Autodefensas, paramilitares y narcotráfico. Origen, desarrollo y consolidación. El caso Puerto Boyacá*. Bogotá, Documentos Periodísticos, 1990.

45 Estos huyen, son asesinados o se defienden, o una combinación de los tres.

46 Promovida por miembros del ejército colombiano, pero que sólo se logró porque existía una base social disponible.

47 Carlos Medina Gallego. *Autodefensas, paramilitares y narcotráfico. Op. cit.*

Los líderes de las Farc son muy conscientes de que un estilo de vida ostentoso y el disfrute de las rentas pantagruélicas, además de debilitar la preciada unidad de la organización, disminuye su combatividad. Es por esto que imponen fuertes coacciones normativas y burocráticas a sus militantes, especialmente a aquellos que están más expuestos a la tentación. Esto nos lleva a un marco general de las instituciones desarrolladas por la organización, que constituyen el conjunto de incentivos y coacciones para sus miembros.

4. Fomentando la rebelión⁴⁹

Las organizaciones guerrilleras extraen enormes rentas de su actividad armada. Como se vio arriba, existe una multitud de evidencias de que en Colombia podría no haber habido una guerra de no ser por el mercado ilegal; tal vez sí movimientos guerrilleros, pero no guerra. ¿Pero, qué hay de los individuos que participan en la guerra? ¿Cómo construye la guerrilla un sistema adecuado de incentivos para hacerlos luchar? Ciertamente hay una relación líderes-soldados. ¿Cómo la manejan? ¿Cómo solucionan los problemas de acción colectiva?⁵⁰ ¿Cuáles son las expectativas de los miembros de las guerrillas? Hay diez piezas necesarias para intentar resolver este rompecabezas:

1. Las Farc no les paga ni a sus soldados ni a sus cabecillas. Al parecer ha habido algunas pocas excepciones, especialmente en aquellas zonas en donde varias organizaciones están compitiendo por colaboradores, pero incluso entonces, el pago es temporal; no hay un salario fijo.⁵¹ En esto coinciden todos los observadores

48 Sólo uno de estos disidentes pudo empezar un nuevo grupo guerrillero, el Frente Ricardo Franco, a finales de los años ochenta. La mayoría de los miembros de este frente, aproximadamente cien, fueron asesinados por su propio jefe, Pedro Delgado, por sospechas de pertenecer a servicios de inteligencia del ejército colombiano. La masacre fue organizada prácticamente frente a los medios del país. Algunas de las víctimas admitieron públicamente su "culpa", lo que es un trágico indicador de la mentalidad estalinista, también presente en los inicios del Eln. Carlos Medina Gallego. "ELN: La historia de los primeros comienzos". *Op. cit.; El Tiempo*. Bogotá, 21 de diciembre de 1985.

49 Esta sección se apoya muchísimo en la extraordinaria obra de Juan Guillermo Ferro y Graciela Uribe. *Op. cit.*

50 Will Moore. "Rational rebels: overcoming the free-rider problem". *Political Research Quarterly*. Vol. 42 (1), Salt Lake City, junio de 1996, pp. 417-454.

51 Tanto las Farc como en el Eln dan viáticos a los miembros que están en las ciudades para operaciones especiales (una minoría bastante exigua de la organización, y por períodos cortos).

serios: tanto protagonistas de la guerra *opuestos* a las Farc (ver las declaraciones de Castaño),⁵² como la literatura académica,⁵³ los más serios documentos gubernamentales⁵⁴ y mi propio análisis sistemático de expedientes judiciales.⁵⁵ Cabecillas de mandos medios manejan grandes cantidades de dinero, lo que puede causar desmoralización y, en unos pocos casos, desertión.⁵⁶ La respuesta de la organización a este riesgo es aumentar los mecanismos de control sobre las personas a cargo. El Eln parece tener unos principios organizacionales de alguna forma diferentes, más laxos, y quizás acuda más a las “ayudas” para los revolucionarios profesionales en las ciudades. Por otro lado, la coacción normativa parece ser más fuerte, y tampoco le paga a los combatientes rasos.

2. Los miembros de las Farc casi nunca, o nunca, ven a sus familias; las mujeres tienen que luchar mucho para lograr permiso de tener un hijo, y luego lo tienen que entregar a un familiar; las parejas pueden ser separadas si así lo requiere el objetivo militar, o simplemente por capricho de su superior inmediato. La arbitrariedad puede fácilmente adquirir un giro dramático.⁵⁷
3. Ambos ejércitos rebeldes prohíben la toma de botines después de un ataque exitoso. Aunque hay montañas de casos documentados de abusos flagrantes contra la población civil por parte de las Farc y el Eln, generalmente vienen en

52 “Cuando los muchachos entran a nuestros grupos militares, se les paga... La guerrilla no paga... no pagan sueldos... y sólo gastan en viáticos”. En: Germán Castro Caicedo. *En secreto*. Bogotá, Planeta, 1996, pp. 220, 221.

53 Juan Guillermo Ferro y Graciela Uribe. *Op. cit.*

54 María Eugenia Pinto, Andrés Vergara, Yilberto LaHuerta. “Diagnóstico del programa de reinserción en Colombia: mecanismos para incentivar la reinserción voluntaria individual”. Archivos de Macroeconomía, Departamento Nacional de Planeación, Documento 211, 2002.

55 De 56 expedientes analizados a profundidad porque contenían material sustancial sobre la estructura de la organización (y otros varios mirados no con tanto detalle), no se encontró una sola afirmación de algún miembro de las Farc o del Eln que dijera recibir alguna forma de sueldo. Peor aun para la tesis de Collier, y otras afines, la mayoría tenía un empleo, con sueldo por encima del salario mínimo legal, antes de ingresar.

56 Alguna vez la embajadora de Estados Unidos dijo que los líderes de las Farc tenían enormes cuentas en dólares, pero no proporcionó ninguna prueba. No se llegó a ninguna conclusión y el tema permanece abierto. Incluso si esta versión resulta cierta, esas cuentas podrían ser usadas para propósitos de la organización militar. No hay evidencia de consumos o gastos proporcionales a la magnitud de las rentas captadas por parte de los líderes guerrilleros.

57 Alfredo Molano. *Trochas y fusiles*. Bogotá, El Áncora Editores, 2001.

forma de recolección de rentas, intimidación a la población para que actúe de cierta forma, o imposición de restricciones críticas que favorecen a la organización, y no a los combatientes como individuos. La alianza paramilitar es más laxa, por lo tanto sus soldados pueden ser más rapaces. Hay evidencias de que un resultado más o menos planeado de su guerra anti-insurgente es tomar las tierras de los pequeños arrendatarios y pasárselas a nuevos propietarios, muchos de los cuales son miembros de las Auc. Incluso entonces, aparentemente, esta expropiación no necesariamente favorece a los soldados de las Auc; la tierra también puede pasar a nuevos residentes, “invitados” por las Auc, o a grandes terratenientes, que son los principales colaboradores de los paramilitares. Pero en los movimientos guerrilleros, el predominio de la burocracia sobre los intereses individuales es abrumador.

4. En el caso de las Farc, los mecanismos para hacer respetar tal predominio tienen dos aspectos. Primero, organizacional: se mantiene vigilancia estricta sobre los miembros para evitar que éstos tomen bienes “pertenecientes” a la organización. Se ha usado sanciones políticas y administrativas para impedir la tentación del consumo ostentoso, uno de los resultados inmediatos del trato con mercados ilegales.⁵⁸ Segundo, normativo; basado en la historia de la organización: un momento crucial en la formación de identidad de las Farc como una organización diferenciada fue su decisión de negar, en medio del conflicto de 1948-1958, cualquier apropiación individual de bienes. En aquellos tiempos, la regla general era el saqueo y la adjudicación de bienes de forma individual, más o menos de acuerdo con la jerarquía, lo cual creaba continuos conflictos internos y crisis en la cadena de mando.⁵⁹ Entonces, incluso si admitimos la posibilidad de que un puñado de individuos en realidad se enriquece con la guerra, lo que hasta ahora no se ha comprobado, la gran mayoría de la organización no tiene posibilidad de hacerlo, y *todos lo saben*.
5. Tanto las Farc⁶⁰ como el Eln⁶¹ exigen militancia vitalicia. Es un camino sin retorno: puedes ingresar, pero salir es imposible, o por lo menos muy traumático. En el Eln, parece que estas condiciones se han relajado de alguna forma, y es posible retirarse sin grandes problemas, lo que podría estar asociado con su menor combatividad. Pero los campos de reclutamiento de las Farc insisten en la severidad que tendrán que enfrentar los reclutas. Y a fe que tienen razón; la vida dentro de la guerrilla no

58 Juan Guillermo Ferro y Graciela Uribe. *Op. cit.*

59 Arturo Alape. *Tirofijo*. Bogotá, Planeta, 1989.

60 Juan Guillermo Ferro y Graciela Uribe. *Op. cit.*, p. 76.

61 Carlos Medina Gallego. “ELN: La historia de los primeros comienzos”. *Op. cit.*

es fácil. Las razones, desde lo más elemental, pero potencialmente enloquecedor (largas y tediosas caminatas, nada de bebida, grandes limitaciones para fumar),⁶² pasando por lo extremadamente serio (ruptura prácticamente total de cualquier vínculo familiar), hasta lo irreparable (pérdida de la propia vida).

6. Además, las Farc y el Eln promueven fuertes normas morales entre sus militantes. Una vez más, los estándares se han relajado en relación con sus inicios ortodoxos. El Eln, por ejemplo, parece haber cerrado el capítulo sangriento de purgas internas para siempre. La eliminación física por “mal comportamiento” o por asuntos morales se usa poco, si es que aún aparece. Pero las restricciones siguen siendo severas. El igualitarismo agrario aún es omnipresente en el día a día de ambas organizaciones. El control vertical es riguroso y, por lo menos hasta muy cerca del tope de la jerarquía, todos los miembros llevan un estilo de vida similar; la diferenciación es incipiente.⁶³ Subjetivamente, los miembros de ambas organizaciones parecen estar muy conscientes de un destino compartido (aunque, claro está, no hay evidencia basada en grandes números).
7. Los dos ejércitos rebeldes tienen un historial desfavorable en sus confrontaciones con el ejército: el porcentaje de muertes con respecto al ejército es consistentemente un poco mayor que 1:1 de acuerdo con Richani,⁶⁴ pero según las evidencias nuevas de las que se dispuso para la elaboración de este texto, es incluso bastante peor.⁶⁵ Unírseles es más peligroso que ser un soldado “oficial”. Los riesgos, tanto

62 En los expedientes judiciales de miembros de las Farc, motivos cotidianos como éstos son los más frecuentemente aducidos para explicar el “aburrimiento” con la organización; las explicaciones más épicas escasean.

63 En uno o dos frentes, parece que los comandantes tienen alguna latitud para vivir mejor que los soldados; pero es una situación inusual e inestable.

64 Nazih Richani. *Systems of violence. The political economy of war and peace in Colombia*. Nueva York, University of New York Press, 2002.

65 De acuerdo con la base de datos de violencia letal política (1975-2004) construida en el curso de la investigación, la relación de bajas entre el Eln y el ejército se habría acercado a 1:15 a finales de la década de los noventa. La de las Farc es mucho mejor (según se colige de la base de datos), pero aun así, bastante más negativa que la que presenta Richani en su libro. Como nuestra base de datos está basada en prensa, podría presentar estimaciones con sesgos a favor de las fuerzas armadas, pero otras fuentes también (informaciones del propio Estado, por ejemplo). Evidencia anecdótica y sobre el terreno me inclina a pensar que al menos *las proporciones* (es decir, el desempeño relativo Farc-Eln) están bien retratadas por las cifras de nuestra base de datos. La relación de la guerrilla con la policía es mucho más favorable, y durante varios años les han causado más bajas de las que han recibido.

para líderes como para soldados, van en aumento ya que la intensidad de las confrontaciones ha crecido.⁶⁶ La muerte llega fácilmente. (Véase tabla 2)

8. La moral de combate de todas las partes involucradas en el conflicto es relativamente alta. Este no es un atributo de las organizaciones dedicadas al saqueo o a obtener recompensas económicas inmediatas, lo que usualmente conlleva problemas muy serios de acción colectiva. Si se contrasta el comportamiento y la moral combativa de, digamos, los señores de la guerra en China en los años veinte y los de Colombia en 2002, resulta que la moral de estos últimos es mucho más alta. Por cierto, lo mismo se puede decir de sus respectivos ejércitos estatales.
9. Hay deserciones individuales, especialmente de las Farc y el Eln hacia los paramilitares. Hasta donde se conoce, sólo hay casos documentados de deserción en grupo del Ejército Popular de Liberación (Epl) hacia los paramilitares; en Antioquia parece que un mando medio del Eln cambió de camiseta y partió hacia los paramilitares con varios de sus hombres al mando. La estructura básica de las Farc no se ha debilitado por este fenómeno (tampoco la del Eln), que es más bien marginal. Cambiar de bandos varias veces es raro, aunque en los años ochenta hubo un flujo de militantes entre los grupos guerrilleros, flujo que al final favoreció

66 En el seminario de cierre de la investigación de la que este texto es un resultado, alguna persona afirmó que el riesgo afectaba sólo a los soldados, no a los líderes guerrilleros, pues en Colombia es más fácil que muera un ministro, a que muera un miembro del secretariado. Debe de ser un chiste; pero incluso entonces no da en el clavo (entre otras cosas, porque muchos miembros de la dirección de la guerrilla han muerto en combate o han sido capturados; mucho más que los ministros, pese a todo). Para desafiar a un estado hay que pensarlo dos veces, porque al iniciar la guerra no sólo arriesgas tu propia integridad personal sino también la existencia de la propia organización. Es un tema tratado sistemáticamente en la literatura internacional incluso para enfrentamientos entre Estados (por ejemplo: Fearon James. "Rationalist explanations of war". *International Organization* Vol. 49 (3), 1995, pp. 379-414). Nadie duda que la paz pueda ser más mortífera que la guerra para ciertos líderes políticos (ver por ejemplo la experiencia de los líderes milicianos en Medellín). Pero la pregunta básica es por qué un puñado de campesinos decide salir del ámbito privado a una actividad en la que se exponen sistemáticamente a morir; y la siguiente es, por qué una vez metidos en esa actividad persisten en desafiar al Estado en lugar de adoptar una posición de perfil bajo, que les permitiría captar rentas sin exponer su organización a la destrucción. Collier, quien es mucho más inteligente de lo que se supone, sí se daba cuenta del problema que el riesgo presentaba a su argumentación. Pero intentó solucionarlo afirmando que "el no triunfo es una solución de equilibrio", es decir, que los rebeldes no quieren ganar sino captar rentas. Sin embargo, como lo muestro aquí, los guerrilleros combaten, y sus líderes desafían al Estado.

a las Farc. Es difícil cuantificar la desertión, pero es menor en un orden de magnitud que el crecimiento total de las Farc.⁶⁷ Las organizaciones compiten por el apoyo, especialmente de combatientes técnicamente bien dotados, y los paramilitares han avanzado en una estrategia intencional de promover la desertión de adversarios bien capacitados, para incorporarlos con un salario base. A pesar de esto, la tasa de desertión parece ser sorprendentemente pequeña.⁶⁸ ¿Por qué ocurre así? Todos los que adhieren a una explicación estrictamente económica del conflicto deberían hacerse tal pregunta: los paramilitares pagan un salario, permiten un margen de saqueo y no aplican fuertes restricciones; el Estado ofrece estímulos que a veces son bastante generosos, y le permitirían a los soldados rebeldes vivir en condiciones ciertamente mejores a las actuales. El otro lado de la moneda es el siguiente: cuando los paramilitares se toman un territorio dominado por la guerrilla, los civiles que apoyan a estos últimos casi siempre cambian de lado, algunas veces con una flexibilidad increíble. Este contraste entre “lealtad organizacional” e “infidelidad social” es una de las características claves del conflicto colombiano que ha pasado desapercibida y que nos envía un mensaje elocuente sobre lo que está pasando.

10. No hay divisiones religiosas ni étnicas profundas detrás del conflicto colombiano. Los miembros de cada grupo no están atados a ninguna denominación fija o grupo social que pudiera preestablecer, digamos, su lealtad. Hay algunos reclutas forzados, pero la mayoría son voluntarios (en esto también coinciden las evidencias disponibles).⁶⁹ Las razones para no apoyarse predominantemente en el reclutamiento forzado son claras y no tienen que ver con motivaciones altruistas sino con cálculos racionales. Los líderes de las Farc manifiestan que los reclutas forzados no pelean bien y son peligrosos, pueden cambiar de bando y disparar a sus camaradas por la espalda.⁷⁰

67 Como se sabe, el gobierno de Uribe Vélez implementó un plan para promover la desertión ofreciendo incentivos materiales; sospecho que estuvo inspirado en el trabajo de Collier. El plan disparó inicialmente las desertiones, pero después produjo beneficios marginales decrecientes (además, sospecho que hubo cierta sobre-estimación en los éxitos).

68 No conozco cálculos empíricos de tasa de desertión. Usando información de prensa, creo que menos de 1% del total de combatientes de las Farc cambiaban de bando cada año antes de que Uribe pusiera en práctica su política de fomento de la desertión con incentivos materiales; después subió, pero creo que no pasa del 5% de la fuerza anual.

69 Véase: Human Rights Watch. “‘You’ll learn not to cry’: Child combatants in Colombia”. Nueva York, Washington, Londres, Bruselas, 2003; María Eugenia Pinto, Andrés Vergara, Yilberto LaHuerta. *Op. cit.*

70 Juan Guillermo Ferro y Graciela Uribe. *Op. cit.*, p. 75.

Esto nos da una visión general de la brecha organización-individuo en la guerra colombiana. Se puede observar a las Farc, con sus fuertes vínculos con la actividad criminal. Sus miles de miembros (entre 18.000 y 20.000) no reciben pago y participan en un conflicto con una gran probabilidad de morir o recibir una incapacidad permanente. No se benefician del saqueo, enriquecerse no es una perspectiva realista, y esto es de conocimiento común. La organización interviene severa y brutalmente en todos los aspectos de sus vidas. El horizonte temporal de la solución del conflicto de las Farc está lejos, porque, sabiamente, han evitado dar una noción más o menos precisa de cuando llegará la victoria, o el final de la guerra, o una negociación genuina; su paciencia es proverbial, y una herramienta poderosa en las conversaciones de paz. De hecho, es una paciencia “meta-individualista”: una vida entera podría no ser suficiente para alcanzar sus objetivos colectivos (independientemente de cómo se describan). Viven sin ingresos extraordinarios (ni ordinarios, de hecho), sin vida familiar, sin esperanzas reales de escapar de la guerra, sin apegos étnicos o religiosos, y sin un gran adoctrinamiento. A pesar de esto, los miembros de las Farc generalmente pelean con gran brío. Hay excepciones, pero como regla general, en combate exhiben tanto destreza como motivación contra oponentes dotados de mejores medios técnicos. Cuando están a la defensiva, no desfallecen, y su tasa de desertión es baja.

5. ¿La tesis de rebeldes criminales se ajusta a las evidencias?

Para cualquier partidario del *homo economicus*, todo esto es, por decir lo menos, incómodo. En lo que se refiere a las Farc, tenemos cuatro problemas cruciales. Primero, los individuos tienen pocos incentivos económicos para unirse a la organización y jugarse la vida por ella. Las expectativas básicas de Collier casi no aparecen en este conflicto, candidato ideal para el título de guerra codiciosa (“podríamos esperar que las rebeliones que realmente despegan, lo hagan al combinar algún pago material con los motivos de injusticia”). Segundo, unirse a las Farc no es como tomar cualquier otro trabajo. Un trabajo en las Farc no sustituye un empleo legal (compromiso de por vida, intervención de la organización en la vida privada, etc.) y tampoco es un sustituto para actividades ilegales menos riesgosas y/o con más recompensas económicas. Tercero, la guerra da origen a una competencia organizacional. Los grupos rivales tratan de cooptar para sus grupos a los mejores cabecillas y vender sus siglas. En esta competencia, las Farc ofrecen lo mínimo y exigen lo máximo; sin embargo, son los campeones no sólo en términos de crecimiento sino también de supervivencia. La federación paramilitar que se constituyó entre 1997 y 2002 se deshizo, pese a que (una mirada cuidadosa lo tentaría a uno a decir “precisamente porque”) sí ofrecía incentivos selectivos bastante fuertes a sus mandos y combatientes. La explicación, al tenor de lo expuesto arriba, parece clara: las personas que van a

ingresar a un grupo armado ilegal entran al más atractivo, exitoso y grande, pero ésta no es la función de utilidad de un materialista estricto. Los problemas de acción colectiva y de riesgo moral deberían proliferar, pero, por el contrario, al parecer quedan muy bien resueltos, sin recurrir a incentivos económicos o discursos étnicos/religiosos. Y esto, en una organización dedicada al chantaje en gran escala y a la explotación del mercado ilegal. Cuarto, contrariamente a lo que sucede con soldados codiciosos, los miembros de las Farc pelean y se defienden bien.

Todo esto muestra las serias falencias de la tesis de rebeldes criminales. Es inconsistente en sus propios términos. Cualquier explicación económica sostenible y racional de la rebelión debe ofrecer microfundamentos sólidos. El problema tiene dos niveles, porque al transformar la hipótesis de guerras codiciosas en una de rebeldes criminales, se ha introducido un cambio encubierto, pero fundamental. En la primera, basta con mostrar que los soldados estaban entrando al movimiento guerrillero para sobrellevar la falta de oportunidades en la economía legal. El grupo guerrillero sería algo así como una agencia de empleo armado, y el término “fuerza de trabajo rebelde” sugiere fuertemente esta noción. Como se ha visto, un trabajo en las Farc o en el Eln no es sustituto de otro empleo (legal o ilegal). Pero en el segundo nivel (rebeldes criminales), la situación es mucho peor, porque se debe demostrar que los cabecillas guerrilleros se enriquecen *como individuos*, que no sólo la organización, sino también ellos están “sacando provecho de la guerra”,⁷¹ tal como lo hacen las personas dedicadas al robo común o los mafiosos. Aquí, la hipótesis falla totalmente, no hay saqueos y ni siquiera se les paga un salario.

El problema fundamental que precede la observación de lo que hace la organización, tanto lógica como empíricamente, es por qué las personas entran al movimiento guerrillero voluntariamente, y por qué arriesgan sus vidas aun a sabiendas de que podrían no recibir ninguna recompensa económica y de que no tienen expectativas de una victoria a corto o mediano plazo. La idea de que una organización guerrillera se puede construir con base sólo en incentivos materiales choca totalmente con el caso colombiano y con muchos otros. Las personas se alistan en los grupos guerrilleros por un abanico de motivaciones (venganza, prestigio, miedo, odio, incluso deseo de emociones fuertes). Las motivaciones estrictamente materialistas no siempre aparecen, porque estas organizaciones tienen métodos burocráticos explícitos de distribución interna que no permiten prácticas como el saqueo, e incluso evitan el pago de salarios. Esto lo saben tanto los reclutadores como los reclutados. Más aun, las organizaciones tienen poderosos sistemas de transformación de preferencias de sus reclutados, para socializarlos en valores gregarios.

71 Paul Collier. “Rebellion as a quasi criminal activity”. *Op. cit.*

La tesis de rebeldes criminales revela una inocente falta de conciencia de la naturaleza de la guerra. Es un análisis de guerra construido sobre la base de una ignorancia deliberada de lo que es la actividad central de la guerra (matar y arriesgar la vida). Como Kaldor ha dicho, no es posible hacer cálculos estrictamente económicos cuando se está arriesgando la vida día a día.⁷² El valor de su vida para usted mismo es ilimitado; aquí no se habla de la evaluación del valor de su vida para la sociedad, o para su familia, como cuando se toma un seguro de vida. Entonces, para “convencer a la gente de que arriesgue su vida”,⁷³ las organizaciones en guerra tienen que promover formas de lealtad y normas de cooperación que implican la relajación de la perspectiva individualista, una característica común de *todos* los ejércitos estables (punto en el que confluyen Maquiavelo, Clausewitz, Napoleón, Constant y prácticamente todos los pensadores clásicos sobre la guerra). Esto causa severos problemas de acción colectiva y crea incertidumbres acerca de la función de utilidad de los combatientes (considerados individualmente). Los combatientes prácticos entienden muy bien que si sus compañeros carecen de una mínima base de normatividad gregaria, les pueden disparar por la espalda; algo que tratan de evitar hasta donde pueden, una precaución racional, si las hay, pero no estrictamente económica.⁷⁴ Para preservar mis intereses individuales fundamentales, yo estaría mejor si alguien me advirtiera a mí y a mis camaradas que no fuéramos demasiado individualistas, una solución típica al dilema del prisionero iterado, sólo que en este caso la cooperación es garantizada por estructuras organizacionales ya existentes, y no por la evolución espontánea. Sin embargo, estas mismas estructuras pueden ser un producto de la evolución. En las Farc aparecen como un resultado del aprendizaje de los éxitos y derrotas de las antiguas guerrillas en el período de la Violencia.

La idea de que los problemas de acción colectiva son, o pueden ser resueltos a través de solidaridad étnica o de clases, como en la mafia, es insostenible. Prácticamente toda la bibliografía acerca de la mafia muestra de forma abrumadora que los mafiosos han fallado cuando enfrentan problemas de acción colectiva. Las mafias son terriblemente inestables, la sucesión normalmente se decide por la violencia, la confianza es escasa,

72 Mary Kaldor. *Las nuevas guerras. Violencia organizada en la era global*. Barcelona, Tusquets, 2001, p. 36.

73 *Ibid.*, p. 43. Nótese que el problema líderes-soldados se vuelve extremadamente serio cuando el ejército en cuestión no puede recurrir masivamente al servicio militar obligatorio.

74 Permitiéndonos un poco de jerga racionalista, esto refleja una función leximin (tratar de conservar su vida sobre todas las cosas, y después maximizar lo demás). Pero entonces, ¿para qué entrar en la guerra? Parece ser que las ideologías y las normas no se pueden evitar.

las peleas internas son frecuentes.⁷⁵ Cualquier guerrilla con tales problemas sería vencida rápidamente por el Estado. La mafia puede intimidar civiles desarmados pero no hace grandes soldados, y la mafia colombiana no ha sido una excepción a esta regla general. La cláusula étnica (o de clases) de Collier no casa con su explicación racionalista; de hecho, es simplemente un apóstito funcionalista. Como lo notó Elster, frecuentemente sucede que durante el proceso del análisis de los datos, el programa racionalista se abandona calladamente para dar paso a alguna versión de explicación funcionalista.⁷⁶ En este caso hay un claro tono lamarquiano: como se necesitaba solidaridad, ésta apareció por medio de motivos étnicos o de clases. Faltan en la explicación los mecanismos específicos que permitieron la construcción de una solidaridad que sólo pueda ser explicada en detalle a través del estudio de organizaciones concretas. Como se ve a lo largo de este artículo, la solidaridad puede aparecer cuando faltan los motivos étnicos, porque los líderes enfrentan problemas de acción colectiva y tratan de solucionarlos con ideas, rutinas organizacionales y socialización en normas comunes.

Otra forma de ver las limitaciones de la analogía con la mafia es a través de la perspectiva de la escala, tan fundamental en las tesis de rebeldes criminales. El argumento de Collier es que un tipo de actividad criminal conlleva una escala particular de organización. ¿Existe una métrica criminal: pequeño = robo a individuos y hogares, medio = mafia, grande = guerrilla? Entonces, ¿cómo pudieron haberse desarrollado grupos como las Farc, el Eln y las Auc (grandes ejércitos que viven de las rentas de mercados ilegales)? Otra vez, la principal respuesta es: a través de la codicia, o solidaridad étnica y de clases, como la mafia. No se trata de una buena solución. Como Paoli ha argumentado elocuentemente, los mercados ilegales han dado origen a compañías que tienen una cota superior natural. En realidad, no se podrían llamar organizaciones propiamente dichas.⁷⁷ Los mercados ilegales *no* son

75 Véase, entre otros: Pino Arlacchi. *Mafia business. The mafia ethic and the spirit of capitalism*. Londres, Verso, 1983; Raimondo Catanzaro. *El delito como empresa. Historia social de la mafia*. Madrid, Taurus, 1988; Diego Gambetta. *The Sicilian Mafia. The business of private protection*. Cambridge, Harvard University Press, 1993.

76 Jon Elster. "Rational choice history: a case of excessive ambition". *American Political Science Review* Vol. 94 (3), 2000, pp. 685-695.

77 Leticia Paoli. "The paradoxes of organized crime". *Crime, Law, and Social Change*, 37, 2002, pp. 51-97. Véase también: Pino Arlacchi. *Op. cit.*; Paul Reuter. *Disorganized crime. The economic of the visible hand*. Cambridge, MIT Press, 1985. Ciertamente, hay un viejo pero actual debate en Italia acerca de la mafia: ¿es una organización o un fenómeno más o menos descentralizado? Autores como Salvatore Luppò (*Histoire de la mafia –des origines á nos jours*. París, Flammarion, 1996) han hecho su mejor esfuerzo para probar lo primero, pero muchos otros aún se inclinan por lo segundo.

idénticos a los legales. La ausencia de regulación y reconocimiento formal por parte del Estado genera familismo, falta de integración vertical, simplicidad organizacional y estructuras segmentadas.⁷⁸ Para decirlo con la máxima simplicidad, ni muchísima cantidad de dinero ni una base social común resuelven el problema de escala; se necesitan otros recursos que los mafiosos no tienen. ¿Qué le permite a guerrillas como las Farc superar este problema y crecer? No es una pregunta fácil de contestar. Pero, una vez más, las normas, ideas y experiencia histórica parecen indispensables para responderla.

La metáfora del comedor de chocolate, además de su estrecho conductismo, falla en el hecho de que las organizaciones podrían tener varios objetivos, imposibles de reducir a una medida (monetaria, por ejemplo) común. El principio de las preferencias reveladas no se puede aplicar indiscriminadamente.⁷⁹ La observación de Hirschman en su crítica de modelos puramente económicos de la política sigue siendo tan simple y poderosa como siempre: en la política, debes observar y escuchar, pues la gente no se expresa sólo a través de sus acciones sino a través de la voz.⁸⁰ En un modelo racional, la voz no se puede desestimar como un simple recurso engaña-bobos, puesto que si se quiere ser consistente hay que suponer que los auditorios también son racionales. Asimismo, en la política, un agente puede tener varios objetivos simultáneos, o acarrear sistemáticamente consecuencias no buscadas. Un ejemplo lejano ilustrará lo que se quiere decir. El líder político ecuatoriano José María Velasco Ibarra fue presidente por cinco veces y sólo logró terminar (con dificultades) un período. Esto no le da derecho a nadie a afirmar que su objetivo al ser elegido era ser derrocado. Consecuencias inesperadas pueden dar pie a patrones muy estables, y los múltiples objetivos de un individuo o una organización no siempre son muy consistentes ni se coordinan fácilmente. El núcleo de las Farc (sus líderes históricos) empezó su actividad violenta mucho antes de que fuera posible alcanzar rentas a gran escala. Cuando se presentaron las oportunidades, las Farc se volvieron un negocio muy

78 También implican la ausencia de un “tribunal benevolente”, que es el supuesto básico sobre el que descansa toda la moderna teoría económica de los incentivos (véase Jean Jacques Laffont y David Martimort. *Op. cit.*). Uno de los errores más comunes del análisis económico del conflicto y la ilegalidad es tomar por dados supuestos que ostensiblemente no se cumplen.

79 De hecho, en el tema al cual me he venido refiriendo, su aplicación indiscriminada es una clara petición de principio: primero supongo que todos los objetivos se pueden reducir al económico, y después lo afirmo.

80 Albert Hirschman. *Exit, voice, and royalty*. Cambridge, Harvard University Press, 1970, p. 25. Otra forma de verlo sería afirmando que en política usar la voz es una acción de capital importancia.

lucrativo, que se extendió a nuevas y nuevas áreas. Al construir esta máquina económica, el desempeño político y militar de la organización se ha visto afectado de varias formas críticas. Para sobrevivir, las Farc necesitan un flujo de militantes y un mínimo de simpatía de la población civil. Pero para pelear una guerra también se necesita capital. Estructuras internas que facilitan la construcción de una máquina militar pueden minar la conservación de las bases sociales del grupo dado, y viceversa.

Para resumir, la tesis de rebeldes criminales enfrenta un dilema. Si se adhiere a su versión fuerte y, al parecer, original (los rebeldes son como una mafia) –versión 2 de la sección 1–, entonces tiene sentido, pero resulta falsificada empíricamente (sobre esto, ver un comentario acerca de la relación entre los estudios estadísticos y los de caso en las conclusiones). Podría ser cierta para algunas guerras, pero no se puede aplicar ni siquiera a un conflicto tan criminalizado como el colombiano. Si usa alguna otra versión, la tesis se vuelve menos vulnerable a la falsificación, pero entonces pierde sentido, tanto como herramienta analítica como en términos de guía para la acción. Esta afirmación puede parecer muy fuerte, pero es el resultado de las discusiones precedentes. Al tratar de demostrar que las guerras son codiciosas, se ha obviado las posibles pruebas de motivos de injusticia. Los límites de la división mecánica entre codicia y agravio se hacen evidentes cuando Collier toma como prueba de codicia el hecho de dirigirse a una base social específica, por ejemplo a una clase (“la solución típica que adoptan los líderes rebeldes en respuesta a estos problemas es limitar el reclutamiento a esos nichos de la población que les permiten permanecer unidos; los reclutas comparten una etnia común, religión o clase social”, como en la mafia). Algo parecido sucede cuando se identifica como codicia la falta de oportunidades en el sistema legal. En el proceso de búsqueda de pruebas para la tesis de codicia, las eventuales evidencias a favor de la naturaleza política del conflicto se han reducido al conjunto vacío. La operación es lógicamente errónea, y el resultado total es, más que otra cosa, el producto de un malentendido de lo que una rebelión o una revolución podría significar. Incluso entonces, se necesitan muchas cláusulas auxiliares, pero así los problemas que se echaron a patadas por la puerta principal vuelven a entrar por la de servicio. Por ejemplo, si fuera el caso de que los líderes se quieren enriquecer sin compartir los beneficios con los oficiales y las tropas, los problemas de acción colectiva y riesgo moral aparecerían muy fuertemente y de inmediato (tanto para los líderes como para los analistas).

6. Bandidos, insurgentes y Estados

Siempre que se ofrece una nueva definición, es una buena idea ver si casa con otros conocimientos y categorías usados por la teoría o argumentación en cuestión.

En el caso que nos ocupa, exactamente el mismo tipo de análisis de Collier se podría aplicar a los ejércitos de los Estados (allí al menos pagan una mesada, y constituyen mecanismos de ascenso social mucho más efectivos; su tecnología es superior, y la probabilidad de morir más baja). ¿Bastaría eso para concluir que los ejércitos del Estado son también una expresión de la criminalidad?

Cualquier respuesta tendría que considerar varios aspectos. En primer lugar, los cambios que generalmente se asocian con las guerras napoleónicas transformaron a los ejércitos en fuerzas nacionales, en donde el reclutamiento está asociado con el complejo sistema de derechos, deberes, titularidades e identidades que conocemos como ciudadanía. El hecho de que el análisis de Collier sea incapaz de captar esta dimensión crucial es bastante sintomático. En segundo lugar, durante prácticamente todas las guerras que conocemos ha habido un flujo continuo entre lo económico y lo político; hasta muy recientemente prácticas como el saqueo eran parte del repertorio rutinario de los combatientes. Por eso tiene toda la razón Christopher Cramer cuando afirma que muchos de los análisis económicos contemporáneos de las guerras civiles, al identificar las causas de las guerras con los intereses económicos individuales de los combatientes, confluyen punto por punto con las versiones más vulgares del marxismo.⁸¹ En tercer lugar, está de nuevo el problema del riesgo, que se puede plantear en los siguientes términos: ¿cuál es la combinación óptima de extracción de rentas y agresividad (definida en términos de disposición a desafiar a adversarios quizás con igual o superior poder de fuego)?

La combinación óptima podría favorecer las posturas agresivas si la confrontación es inevitable o si no hay algún adversario lo suficientemente cerca como para hacer inevitable el enfrentamiento, si nos atenemos a los trabajos de Tilly sobre la conformación del Estado en Europa. Ninguna de las dos condiciones se cumple en Colombia ni en la mayoría de los países en guerra civil en el mundo actual.⁸² Pero cuando ellas están presentes, *entonces* podemos encontrar un continuo entre captación violenta de rentas y construcción del Estado: a medida que crece el territorio dominado (por ejemplo a través de la extorsión, que se va convirtiendo en impuestos) crecen las necesidades de defensa y control interno. Así, para Tilly, la violencia (en

81 Cramer Christopher. "Homo economicus goes to war. Methodological individualism, rational choice, and the political economy of war". *World Development*, 11, Montreal, 2002, pp. 1845-1864.

82 Los criminales pueden seguir extrayendo sus rentas con la estrategia de "pasar de agache", como lo muestra el crecimiento gigantesco de los mercados ilegales en el mundo; y el desarrollo de la tecnología (no sólo la militar) hace cada vez menos probable que exista una "tierra de nadie" que pueda ser apropiada sin confrontación.

un principio quizás puramente económica) jugó un papel crucial en la construcción de los estados europeos. De ahí que Tilly concluya provocadoramente que “la guerra y el Estado son formas de crimen organizado”.⁸³ Mancur Olson presenta una perspectiva que converge con Tilly en algunos puntos importantes, pero que es menos proclive al estiramiento conceptual. De acuerdo con su versión, “en el principio” había bandidos móviles que extorsionaban a las poblaciones pero no tenían ningún incentivo en que ellas fueran prósperas; apenas las exprimían simplemente migraban hacia otro territorio. Con el tiempo y el desarrollo tecnológico, entre otros factores, los bandidos móviles fueron reemplazados por bandidos estacionarios, que tenían un interés intrínseco en permitir que las poblaciones bajo su dominio prosperaran (exactamente de la misma manera que el granjero alimenta hoy con gusto a la vaca que ordeñará mañana). Por consiguiente, tuvieron que acudir a otros expedientes, además de la pura fuerza, y esta evolución lenta, pero seguramente, desembocó en los Estados.⁸⁴

Es interesante, pues, que en la fértil área de intersección entre la historia social y la economía política nos encontremos con que la relación entre lo político y lo criminal no se puede abstraer de los procesos que constituyen el Estado; no es anterior, sino posterior a ellos. Peor aún, en la medida en que la rebelión propone construir formas alternativas de Estado está expuesta a fenómenos como los descritos por Tilly y Collier. Por eso la ambigüedad entre lo criminal y lo político que atraviesa tantos procesos de contestación (pero también de afirmación estatal). Por eso algunos historiadores, al estudiar fenómenos criminales, llegaron a la conclusión de que eran políticos (operación inversa a la que hace Collier). Esa es la conocida –y debatida– tesis de Hobsbawm sobre los bandoleros: son rebeldes pre-capitalistas.

Nada de esto invita a un relativismo insulso. Hay criterios para distinguir los fenómenos que, por decirlo de alguna manera, se quedan estancados en el polo puramente criminal. Los simples captadores de rentas tendrán que ofrecer incentivos económicos a todos sus miembros (que de lo contrario no podrían participar racionalmente), e intentarán optimizar agresividad y expansión económica, combinando criterios de rentabilidad y supervivencia. Entre más agresivo eres, tu expansión será más rápida, pero crecerán las probabilidades de que te destruyan. Fenómenos que van más allá intentarán conformar dominios territoriales, buscando (aunque no siempre logrando)

83 Charles Tilly. “War making and State making as organized crime”. En: Peter Evans, Dietrich Rueschemeyer y Theda Skocpol (editores). *Bringing the State back in*. Cambridge University Press, 1985, pp. 170-191.

84 Mancur Olson. “Dictatorship, democracy, and development”. *American Political Science Review* Vol. 87 (3), 1993, pp. 567-576.

convertirse en “bandidos estacionarios”. Una vez más, nos encontramos con que en Colombia, donde es obvia la criminalización de los métodos de la guerrilla –es decir, su involucramiento masivo en mercados ilegales–, no es fácil su identificación con una agrupación puramente criminal. Desde el punto de vista de la captación de rentas, la estrategia de desafiar sistemáticamente al Estado es bastante pobre, no sólo porque podrían hacerlo mejor sin el desafío, sino por el abrupto bache tecnológico entre el Estado y sus adversarios. Es verdad que la dotación de la guerrilla ha mejorado mucho con las rentas de sus negocios, pero la diferencia sigue siendo abismal. A propósito de esto, en Colombia ha hecho carrera la idea de que aquí se puede “crear una guerrilla o una autodefensa en un garaje”. Es una noción esencialmente errada. El Estado es muy superior a la guerrilla y la ha castigado duramente; muchas de ellas han desaparecido, y/o se han reincorporado a la vida civil después de sufrir aparatosas derrotas militares. Es cierto que los guerrilleros importan miles de armas, pero su poder de fuego es tan bajo comparado con el del ejército, que su existencia depende de la capacidad de golpear y correr. Desde un punto de vista ecológico, la supervivencia de una guerrilla en Colombia es más bien la excepción que la regla. ¿Qué las lleva pues a desafiar al Estado, en lugar de captar tranquilamente y en silencio sus rentas, como lo han hecho tantos otros?

7. Conclusiones

Obviamente, ningún estudio de caso puede refutar una correlación estadística. Hay muchas formas de interpretar una narrativa; además el caso podría ser simplemente un punto extremo, la excepción proverbial que confirma la regla. El problema crucial radica aquí, empero, en el hecho de que aquí *no se están poniendo en cuestión las correlaciones observadas sino la interpretación que se da de ellas, y la operacionalización que la antecede*. En efecto, Collier propone una correlación básica –un tipo de economía volcado hacia la exportación de materia prima, genera más conflictos civiles– y después ofrece una explicación; pero los mecanismos que ofrece como explicación *no han sido observados*.⁸⁵ Esos “no observables” que constituyen efectivamente la explicación causal –la parte estadística, co-ocurrencia, es apenas una condición necesaria pero no suficiente–, pueden convertirse en observables a través de los estudios de caso.⁸⁶

85 Collier los llama “hechos estilizados”, como suelen hacerlo muchos economistas, pero en este caso no hay una sola prueba de que se trate efectivamente de hechos. Nótese que la correlación básica es un viejo argumento de la historia social, común en Barrington Moore y otros.

86 No descarto que eventualmente cuestiones como los sistemas de incentivos de los grupos armados ilegales se sometían a una comparación estadística; pero hasta el momento no se ha hecho (hay límites a la cantidad de información que se puede captar, etc.).

Así pues, cuando hay buenas razones para creer que una hipótesis sobre no observables es errónea, los casos pueden destacar problemas explicativos y dar sugerencias de posibles reinterpretaciones. En lo que concierne a la tesis de rebeldes criminales, Colombia es tremendamente interesante. Por un lado, en un mundo donde los atentados suicidas se han convertido en un componente estándar en el repertorio de lucha violenta, es mejor pensar dos veces antes de adoptar ciegamente cualquier forma rudimentaria de economismo. Por otro lado, algunas guerras parecen ser típicamente codiciosas, de las cuales Colombia sería un ejemplo emblemático; pero, como se ha visto, nuestro conflicto muestra que los mecanismos detrás de las motivaciones que producen la rebelión y el crimen organizado, son muy diferentes.

Pero también la operacionalización falla. Básicamente, la dicotomía entre codicia e injusticia es demasiado restrictiva para explicar bien la lucha armada contemporánea. El hecho de que la violencia política en general puede estar relacionada, como fenómeno político, con la inequidad socio-económica es una tesis reconocida por una gran cantidad de investigaciones cuantitativas *cross* comparadas.⁸⁷ Al concentrarse en la guerra, dejando de lado otras formas de violencia política, Collier y colaboradores encontraron nuevas correlaciones, pero perdieron otras. De hecho, un aspecto importante del significado mismo de las rebeliones campesinas se pierde con la operacionalización de Collier. La principal fuente de codicia que Collier y Hoeffler ven es simplemente la falta de oportunidades en la economía legal del país respectivo.⁸⁸ Esto suena extraño. La percepción de personas pobres y/o excluidas, que no tienen

87 Véase, por ejemplo: Kurt Schock. "A conjunctural model of political conflict". *Journal of Conflict Resolution* Vol. 40 (1), marzo de 1996, pp. 98-133; Edward Muller. "Income inequality and democratization: reply to Boellen and Jackman". *American Sociological Review* Vol. 60. Diciembre de 1995, pp. 990-996; Edward Muller, Mitchell Seligson y Hung-der Fu. "Land inequality and political violence". *American Political Science Review* Vol. 83 (2), Filadelfia, junio de 1989, pp. 577-586; Matthew Krain. "Contemporary democracies revisited. Democracy, political violence and event count models". *Comparative Political Studies* Vol. 31 (2), abril de 1998, pp. 139-164; Pablo Fajnzylber, Daniel Lederman y Norman Loayza. *Determinants of crime rates in Latin America and the World – An empirical assessment*. Washington, The World Bank, 1998. Claro está que también hay críticas; véase por ejemplo: Charles Brockett. "Measuring political violence and land inequality in Central America". *American Political Science Review* Vol. 86 (1), Filadelfia, marzo de 1992, pp. 169-176. No conozco ninguna refutación que se haya hecho a Krain o a Schock. Hace no mucho hice una revisión de esta literatura: "Inequidad y violencia política: una precisión sobre los cuentos y las cuentas". *Análisis Político*, 43, Bogotá, Iepri, 2001, pp. 55-75.

88 Paul Collier y Anke Hoeffler. "Greed and grievance in civil war". *Op. cit.*

oportunidades en el sistema siempre ha sido un motivo importante detrás de la rebelión en el mundo moderno, y esto sólo puede ser presentado como evidencia incontrovertible de codicia a través de un *tour de force* extraordinario. Epstein ha ofrecido una mejor terminología –habla de *privaciones*–, después de lo cual todo parece encajar:⁸⁹ cuando los grupos rebeldes crecen, se vuelven mucho menos ideológicos y se concentran más en el éxito organizacional, porque los nuevos integrantes, al pertenecer a sectores populares, tienen un menor nivel de educación⁹⁰ y reaccionan a las privaciones, no directamente a la doctrina. La llamada codicia no sería más que una función de escala y oportunidad. Pero el rótulo es erróneo, porque un trabajo en el movimiento guerrillero no substituye un empleo legal u otro tipo de actividad ilegal. Las restricciones y los riesgos son enormes y los beneficios pocos; las rentas sí llegan hasta las tropas, pero ni siquiera como contraprestación monetaria sino como provisiones básicas. No es ni un buen negocio ni una buena forma de ascender socialmente. En otras palabras, las privaciones podrían ser un trasfondo común tras actividades ilegales como la criminalidad y la rebelión. Pero hay una diferencia crítica entre ellas, como estructura de incentivos: en la primera, los individuos se dedican a la acción colectiva sólo cuando pueden obtener beneficios relativamente grandes como individuos. Los líderes de los primeros usan básicamente incentivos económicos, mientras que los de los segundos usan como incentivos las normas y las ideologías. Ambos usan la fuerza contra los desertores (aunque se podría pensar que es más fácil retirarse de la criminalidad económica).

Una vez superada la confusión entre codicia y privación, el abismo entre los intereses individuales y organizacionales se vuelve muy obvio. Los líderes guerrilleros enfrentan tres tipos de retos: tienen que tratar problemas de acción colectiva, estructuras de agente-principal y de riesgo moral, y la competencia de otros potenciales iniciadores de rebelión (o coaliciones anti-subversivas que potencialmente buscan atraer al mismo tipo de soldado). No es posible dar una buena explicación de la guerra contemporánea sin entender cómo lo hacen. Concretamente, un recuento racionalista de la guerra no puede dejar de hacerlo, no sea que caiga en una falacia ecológica elemental y viole los supuestos sobre los que está construida.

Proveer microfundamentos es entonces crucial, pero no es posible por medio de una narrativa puramente materialista. La teoría política ha aceptado desde hace mucho tiempo que promover una guerra utilizando sólo incentivos económicos es

89 Joshua Epstein. "Modeling civil violence. An agent based computational approach". Proceedings of the National Academy of Sciences PNAS, Vol. 99 (3), 2002, pp. 7243-7250.

90 Michael Walzer. "Intellectuals, social classes, and revolutions". En: Skocpol Theda (editor). *Democracy, revolution and history*. Nueva York y Londres, Cornell University Press, 1998.

una estrategia pobre, porque los mercenarios son desleales, y los soldados codiciosos no son buenos combatientes. Constant, en su crítica de las guerras napoleónicas, explicó en detalle las razones de la inferioridad técnica de los soldados codiciosos: tienen perspectivas a muy corto plazo y son extremadamente individualistas, una combinación que ofrece las peores perspectivas posibles para la evolución de la cooperación:⁹¹ los lujos y los saqueos los corrompen, las jerarquías los dividen. En la defensa velan ante todo por su propia vida, lo que puede resultar militarmente desastroso. La defensa requiere coordinación cuidadosa, poniendo la supervivencia colectiva sobre la individual. Saquean sin remordimiento. En resumen, son despiadados en el éxito, pero les falta coordinación en la derrota. Esta es claramente una forma auto-destructiva de hacer la guerra, que sólo puede tener éxito en condiciones muy específicas.⁹² “Para asociarse mutuamente en la guerra, las personas necesitan algo más que sus propios intereses. Necesitan opinión [ideología]; necesitan moral. Los intereses propios los aíslan”.⁹³ En Colombia, las Farc han desarrollado su propia “opinión” y moral organizacional para llenar el vacío entre los individuos y la organización, y para competir con sus adversarios. Es verdad que necesitan fondos para pelear la guerra, pero eso no quiere decir que peleen la guerra con el propósito de recoger fondos. Entender la guerra implica descifrar los mecanismos que explican simultáneamente el ingreso de miles de individuos a los grupos armados ilegales, y la eficiencia militar relativamente alta de algunos de estos grupos. La tesis de los rebeldes criminales falla, incluso liberándola de sus brotes funcionalistas, porque no puede explicar por qué guerrillas como las Farc pueden permanecer unidas, pelear bien y mantenerse cohesionadas en la defensa.

En este contexto, la afirmación de Becker se sugiere a sí misma: los criminales no son necesariamente materialistas estrechos.⁹⁴ Pero esto nos devuelve exactamente al punto de partida. Sin materialismo en el sentido estricto, ¿qué podemos salvar de la tesis de rebeldes criminales? Me temo que no mucho.

Por otro lado, la guerra colombiana muestra que los vínculos entre el crimen organizado y la rebelión pueden ser extremadamente fuertes. Tales vínculos ofrecen

91 Benjamin Constant. *Op. cit.* El argumento tiene un tono “axelrodiano” (véase: Robert Axelrod. *Op. cit.*).

92 Una gran superioridad técnica del ejército mercenario sobre su rival. Naturalmente, en Colombia se cumple exactamente la condición contraria: la superioridad técnica del ejército sobre la guerrilla es muy grande.

93 Benjamin Constant. *Op. cit.*, p. 137.

94 Gary Becker. “Nobel lecture: The economic way of looking at behavior”. *The Journal of Political Economy* Vol. 101 (3), Chicago, junio de 1993, pp. 385-409.

grandes oportunidades, especialmente en “áreas de colonización armada”. Los pequeños motivos son otro aspecto necesario, que se da por la decadencia de las economías campesinas y las fallas de regulación típicas de “áreas de colonización armada”. Las privaciones, pero también la búsqueda de emociones, la convicción, el resentimiento y el odio, son motivaciones significativas en la guerra de hoy, una perspectiva que nos acerca a Hobsbawm y su rabia campesina primordial. No obstante, la tensión entre las dimensiones políticas y económicas de la organización de la rabia ha creado un mar de sangre entre las guerrillas y los campesinos. Las Farc son un ejército campesino que no tiene el apoyo sólido de los campesinos; de hecho, frecuentemente abalea, mata y bombardea a las personas del campo. Por cierto, esa es una de las razones básicas por las cuales los miembros de las Farc casi nunca cambian de bando, pero las bases sociales casi siempre lo hacen. Por tanto, la antigua tesis de bandoleros rebeldes de Hobsbawm no se puede aplicar directamente a la guerra contemporánea colombiana porque: a) caería víctima de la crítica original a tal tesis: las Farc son extremadamente hostiles con el pueblo de donde sacan sus militantes; y b) fallaría en reconocer un salto cualitativo que las Farc y el Eln fueron capaces de hacer, al resolver el problema de la escala (son entre 10 y 100 veces más grandes que, por ejemplo, los grupos de bandoleros de Colombia a finales de los años cincuenta).

Lo que la historia social nos puede ofrecer es un tipo de explicación y un conjunto de interrogantes acerca de las restricciones y oportunidades que les permiten a las organizaciones y actores políticos unir pequeños motivos y grandes oportunidades en una corriente de rebelión campesina sostenida. Esto resalta que la conexión entre lo local y lo global se da por la naturaleza cambiante de las regulaciones estatales (y sus fallas). Pero reconocer el papel decisivo de los cambios en el Estado implica cuestionar los límites variables entre lo legal y lo criminal. Varios casos, entre ellos el colombiano, muestran que el bandolerismo y la criminalidad son categorías abiertas al debate político, especialmente en situaciones de guerra civil.⁹⁵ En vez de reificar la dicotomía legal-criminal, se requiere de un análisis de la transformación de lo criminal en político y viceversa.⁹⁶ En el caso colombiano, esto debería vincularse con la comprensión de cómo algunas guerrillas pudieron resolver el problema de la escala sin ayuda de las ideologías de la Guerra Fría.

95 Gonzalo Sánchez y Donny Meertens. *Op. cit.*

96 Josiah Heyman. *States and illegal practices*. Oxford y Nueva York, Berg, 1999.

